

EDITORIAL

La complejidad creciente del rol de profesor hace que se plantee con cierta frecuencia la posibilidad de diferenciar distintos perfiles de profesores dedicados en mayor o menor medida a las diferentes facetas de la actividad académica: la investigación, la docencia, la gestión y el servicio a la comunidad.

Esta diferenciación podría hacerse de forma permanente o temporal, incluso coincidiendo con diferentes fases e intereses y capacidades que se desarrollan a lo largo de la carrera académica, y pueden esgrimirse poderosas razones tanto a favor como en contra de la misma. Entre otras razones se argumenta, por parte de los partidarios de tal diferenciación, que no se debe forzar a los académicos a realizar actividades para las que no están motivados, ya que ello podría dar lugar a la situación límite de que un buen investigador dedique su tiempo a ser un mal docente o a la inversa. A favor de la asunción de las distintas obligaciones de forma más o menos simultánea se aduce que la investigación enriquece y complementa la docencia, que la docencia es fundamental para la formación de los nuevos profesionales de una disciplina y que la gestión es, igualmente, crucial para la continuidad de la disciplina.

Con independencia de la solución que se adopte, parece interesante resaltar la necesidad de que, cuando se asume la responsabilidad de estas actividades, se lleven a cabo con el mismo rigor y el mismo nivel de excelencia.

Sin duda, en el fondo de esta discusión se encuentra, como sugería Boyer (1990) la definición de qué es ser un académico y, secundariamente, el cuestionamiento del sistema de incentivos, esto es, qué actividades del profesorado reciben un mayor reconocimiento. Desde esta perspectiva, urge, pues, definir qué es ser un académico, lo que también viene impuesto por las nuevas reali-

dades sociales y los nuevos retos que éstas plantean a las instituciones de educación superior. Sin duda, son muchas y diversas las aportaciones que la sociedad espera de la universidad y, de igual manera, las funciones del profesorado pueden reflejar esta diversidad. Concretamente, Boyer plantea 4 bien definidas, aunque con cierto solapamiento: el descubrimiento o la investigación, la integración y la aplicación de conocimientos y la enseñanza. Si bien es cierto que ya se reconocen como facetas de este rol la docencia, la investigación y la gestión (o servicio), no es menos cierto que la concepción profunda de qué es ser un académico es más limitada y tiende a responder a la idea de una jerarquía de funciones en que la investigación básica es la parte esencial de la actividad académica, de la que derivan todas las demás.

Una vez definido con claridad el rol o los roles que pueden desempeñar los profesores, con el fin de legitimar la docencia y el servicio como facetas válidas, es necesario exigir, como antes apuntábamos, el mismo nivel de rigor en todos estos desempeños. Para ello, y centrándonos en la docencia, es imprescindible establecer criterios claros de lo que significa una docencia de calidad y evaluar la docencia de forma adecuada, haciendo justicia a la complejidad y las peculiaridades de esta actividad. De hecho, es posible que un obstáculo importante en este camino lo represente el escepticismo en la posibilidad de realizar esta evaluación de forma correcta. Son muchos, sin embargo, los que opinan que esto no es más difícil que llegar a una evaluación adecuada de la investigación, sólo que tenemos más experiencia en la segunda. De hecho, los criterios que proponen Elton y Partington (1991), son una adaptación a la docencia de los criterios de investigación fácilmente asumible por una mentalidad académica.

No significa esto, naturalmente, que estas condiciones puedan asegurar por sí mismas la calidad de la docencia. Resulta imprescindible, además, un cambio radical en la cultura institucional que

podríamos identificar como las “3Rs”: un Reconocimiento real, no sólo retórico, de la importancia de la función docente, dotar los

Recursos necesarios para esta actividad y planificar Recompensas para aquellos docentes que alcancen la excelencia.

Referencias

Boyer, C. (1990) *The priorities of the professoriate.*

Elton, L. y Partington, P. (1991) *Teaching standards and Excellence in Higher Education.* CVCP Occasional Green Paper nº